

La guerra del trigo

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

La madrugada del 17 de julio dos drones fueron lanzados desde Ucrania contra el puente de Kerch, que une la península de Crimea con Rusia, con el resultado de daños importantes en el mismo, un matrimonio muerto y una niña de catorce años gravemente herida. En verdad, no es la primera vez que es atacado, pues lo fue el 8 de octubre de 2022. Entonces fueron necesarios tres meses para su completa reparación. Ahora se produce en plena temporada de verano, cuando numerosos rusos se dirigen a Crimea para disfrutar de sus vacaciones. Cabe recordar que esta región ha sido un centro turístico desde finales del siglo XIX, cuando, gracias a sus playas, balnearios y clima templado, llamó la atención de los aristócratas y grandes propietarios de la época zarista. Lo continuó siendo en los tiempos soviéticos y, desde su anexión a Rusia en 2014, el turismo ruso se ha visto beneficiado por la construcción de este viaducto, que, al mismo tiempo, sirve para enviar suministros y pertrechos a los soldados rusos. Por esta razón, su destrucción es un objetivo clave para las autoridades ucranianas, que insisten en recuperar ese territorio.

A las pocas horas, el portavoz del Kremlin, Dmitri Peskov, denunciaba el acuerdo de exportación de grano a través del Mar Negro, dándolo por finiquitado. Después de prácticamente un año en el que los cereales ucranianos han podido expedirse al resto del mundo gracias a un convenio en el que se vieron implicados Ucrania, Rusia, Turquía y Naciones Unidas, Moscú venía afirmando que no se daban las condiciones para su renovación debido a que las expectativas rusas no habían sido satisfechas. Según Peskov, ambos acontecimientos no están relacionados, pero a nadie se le escapa el hecho de que el fin del arreglo se haya comunicado justo después de dicha agresión. A partir de ese instante la respuesta ha sido contundente: constantes bombardeos en Odesa, la principal ciudad marítima ucraniana. Diferentes infraestructuras portuarias, incluyendo almacenes de grano, han sido destruidas por el ejército ruso. Incluso, su gobierno ha amenazado a cuantos buques se acerquen a puertos ucranianos del Mar Negro, considerándolos objetivos militares. Otro tanto ha decretado Kiev respecto de los puertos rusos o ucranianos controlados por Rusia, por lo que la tensión en la zona se ha incrementado notablemente. Si a ello le sumamos las nuevas acometidas ucranianas contra Crimea, todo hace pensar que la situación puede agravarse considerablemente. Tal vez, ante la lentitud de la anunciada contraofensiva de Kiev en los frentes del sur y del este, los mandos militares ucranianos hayan decidido aumentar sus acciones en Crimea.

Desde luego, la noticia del fin del pacto trae consigo una subida del coste del cereal en el mercado internacional, que, posiblemente, se vea muy tensionado, habida cuenta de que una circunstancia como ésta genera enorme incertidumbre. De ahí que la ONU y algunos analistas estén pensando en sus inmediatas repercusiones en los países del Tercer Mundo, que, como se comentó el año pasado, podrían verse abocados a la hambruna. No obstante, conviene apuntar que bastantes de los barcos que en este último año han salido de los puertos ucranianos habilitados han partido hacia países occidentales, por lo que no siempre se han dirigido a las naciones más necesitadas, si bien el Programa de Alimentos de la ONU ha funcionado. El convenio ha beneficiado sobre todo a Ucrania y menos a Rusia, que solicita el levantamiento de sanciones a los repuestos para su maquinaria agrícola, la retirada de las prohibiciones sobre la logística y los seguros de transporte, el descongelamiento de sus activos financieros, la inclusión

de nuevo de su banco agrario Rosseljozbank al sistema de pagos SWIFT y quitar trabas a sus fertilizantes. Por eso, el Kremlin lo ha rechazado. En este sentido, Recep Tayyip Erdogan ha sido claro: si se cumplen las perspectivas de Moscú, probablemente Rusia esté “a favor del funcionamiento del corredor de cereales”. Es lo que seguramente plantee en su próxima reunión con Vladímir Putin, aunque para ello haya que contar con el visto bueno de Zelenski y de Occidente. Para el presidente turco sería un nuevo triunfo a nivel internacional, ya que hasta el momento ha procurado llevarse bien con Ucrania y con Rusia, hasta el punto de que, hasta la fecha, es el que más esfuerzos está haciendo por lograr la paz.

En realidad, no basta con hablar de “actitud bárbara” de Rusia, como ha señalado el alto representante para la Política Exterior de la Unión Europea, Josep Borrell. Es necesario buscar soluciones que satisfagan a las dos partes, puesto que en eso consiste un pacto. Pero aquí la diplomacia europea hace aguas por todas partes. El político catalán lleva haciendo dejación de la práctica diplomática desde que se produjera la invasión, decantándose claramente por una actitud belicista, cuyos resultados nos son bien conocidos. Aparte de un coste económico que se anuncia astronómico. Es necesario, por consiguiente, acelerar todos los canales diplomáticos, como pretenden Turquía, el Vaticano o la propia China. Y un primer paso de primer orden sería, precisamente, volver al acuerdo de los cereales.

22 de julio de 2023

Publicado en *El Diario Vasco*, 26 de julio de 2023, p. 20